

## ELOGIO DE DON ANDRES BELLO

*Excelentísimo Señor Presidente de la República; Señor Rector de la Universidad de Chile; Señor Ministro de Educación Pública; Honorables Delegaciones Extranjeras.*

Señores:

Celebra Chile, y con Chile la América, el centenario de esta Universidad ilustre. Venezuela que estuvo presente en el momento de su fundación en la persona de Andrés Bello, presente está hoy, con todo el júbilo de su espíritu, en una fiesta de la cultura continental. ¡Qué de gratas evocaciones en este día! Primero, la figura venerable de Manuel Bulnes, el Presidente patricio, bajo cuyo gobierno esta tierra anduvo tanto en el camino del progreso; luego, la recia personalidad de Manuel Montt, a quien tanta parte toca en los adelantamientos intelectuales de Chile, y a quien la República, para su bien y su prosperidad, reserva los más altos destinos; por último, el viejo Bello, a quien cupo en suerte la organización de esta casa gloriosa. Después, las conquistas de la Universidad; las juventudes chilenas que en atropellada sucesión pasan unas para ser reemplazadas por otras, en un anhelo infinito de luz, como los soldados de una batalla que no tiene fin. Y la Universidad se impone con la fuerza de su prestigio y de su severa autoridad moral, y con la fuerza de los hechos, que es la fuerza que ha levantado a Chile a esta posición avanzada que ocupa en el continente, donde se la ve con respeto y donde su palabra pesa con ese peso que no es el de la violencia, sino con aquel que sin querer arrastra porque es el peso de la rectitud y la sabiduría.

Todas las previsiones de don Andrés Bello en aquel in-



mortal discurso que pronunció al inaugurar esta Universidad, “siendo para él una gloria, para la civilización un triunfo”, según el galano decir de Miguel Antonio Caro, se han cumplido. Y se han cumplido, porque Chile las ha acatado como leyes, y porque, para cumplirlas, esta casa ha desenvuelto sus nobles actividades en el ambiente de la más pura libertad, que, según Bello en aquella solemne ocasión, “es el estímulo que da vigor sano y actividad fecunda a las instituciones sociales”.

Predijo Bello que de aquí “se derramarían más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad todas las adquisiciones científicas, porque en centros como éste es donde tienden a acumularse”; y vosotros lo habéis visto, y con vosotros la América culta, el progreso que en Chile ha tenido la agricultura; el desarrollo de las industrias; la marcha hacia pináculos de perfección que ha alcanzado la instrucción del pueblo; habéis visto el brillo con que resplandece este Clero educado en la virtud, en la ciencia que busca a Dios con los ojos de la fe, y en la caridad, que es el amor al prójimo desde el amor a Dios y a sí mismo; habéis visto el esplendor del Foro chileno desde el que vela por el derecho ajeno en los estrados de la justicia, hasta el que vela por el derecho de los pueblos en el concierto internacional; la gravedad de sus estudios económicos que han creado en Chile una de las riquezas privadas más sólidas de América; el avance de la medicina y de las demás ciencias que le son como agregados, que en todas partes se toma en cuenta, porque en su evolución representa bien para la humanidad; la altura lograda por las ciencias físicas y matemáticas, patente a los ojos de los viajeros en los prodigios que han realizado sobre este suelo pródigo; los resplandores, en fin, que surgen de la filosofía, de la historia y de las humanidades, en las galas de una literatura que honra a la América y que ha tenido cantos para el amor y el hogar, tremendas invectivas para la tiranía, odas para los héroes y laureles para la libertad!

“Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria”, dijo Bello, y así ha sido. Cien años tiene, pero a pesar de su gloriosa ancianidad luce en las mi-

radas los destellos de la juventud y el porvenir le reserva muchos triunfos más para Chile y para la América.

Pero, para ser consecuentes con nuestra herencia de cultura y de civilización, volvamos la vista a un pasado más remoto. Volvamos la vista a la Colonia y evoquemos el recuerdo de los recios varones que sembraron en el Nuevo Mundo las primeras semillas de la sabiduría. Un tiempo estuvo de moda echar sobre esa época todos los cargos y todas las sombras; pero contra ese concepto se ha reaccionado justicieramente, y hoy, a la luz de los documentos que día a día descubren los archivos y serenados los ánimos que exaltó a extremos insólitos nuestra guerra de Emancipación; hoy, digo, al profundizar con más calma en aquella edad, hallamos que fue una edad de creación, a despecho de los errores de la época y de la condición de muchos hombres empeñados sólo en el crimen y en saciar su sed de riquezas. Si no, ¿cómo explicarse el cuadro que ofrece la América en el momento de lanzar enérgico y decisivo su grito de libertad, al presentar en todos los campos de la actividad humana y en todos los órdenes del saber esa falange de hombres a cuyos sacrificios y talentos, a cuya sabiduría y probidad debemos la patria que gozamos? La mayor parte de estas casas gloriosas con que se honra la América fueron creaciones de la Colonia. Organizada bajo un plan moderno, con miras a un mayor provecho nacional, en el ansia de acelerar el progreso del país y derramar sobre él la luz, esta misma Universidad cuyo centenario celebramos tiene sus raíces en esa vieja Universidad de la Colonia que se llamó San Felipe. Y cada una de estas viejas casonas que a lo largo del Continente se levantan más empinadas que las cumbres con que la Providencia lo ornó y agradeció, representan nuestra herencia de civilización y nuestra comunión con el ideal. ¿De dónde partió ese esfuerzo redentor y quién lo convirtió en realidad en medio de la barbarie militante? Todos lo sabemos y en la conciencia de todos es convicción firme, porque en todos los pueblos americanos el fenómeno fue igual. Junto con el conquistador de la tierra, junto con los férreos tercios de Castilla, que en marcha siniestra sojuzgaron las indiadas inermes y las rindieron a su

imperio y señorío, vino el conquistador de las almas, el hombre de paz, representado en los sacerdotes; y en la cruz que portaban, abiertos los brazos misericordiosos para acoger en ellos todos los dolores de América, floreció milagroso el credo de la justicia.

Sacerdotes fueron los que escribieron las sabrosas crónicas coloniales; sacerdotes quienes descifraron los idiomas de América; sacerdotes quienes echaron las bases de la instrucción y fundaron estas casas de las letras y las ciencias, de donde habrían de salir, en un mismo momento y como si acudieran a una cita fijada desde la eternidad, los creadores de la independencia. Entre centenares ilustres, gratas son a Chile las memorias ilustres de Diego Rosales, Alonso de Ovalle, Juan Ignacio de Molina, Manuel Lacunza, Felipe Gómez de Vidaurre y Sebastián Díaz. Y aquí el valor eterno del espíritu y de sus relaciones con el mundo exterior. Los sacerdotes representaban designios permanentes, inmutables, eternos, forjados en el estudio y acendrados al fuego de un fervor místico creciente; el hombre de presa, excepción hecha de pocos de espíritu elevado, conciencia sana y vocación por las especulaciones del espíritu, significaba lo humano y transitorio, la ambición de lo material para el goce de lo material. No empece al propósito civilizador la censura de atrasada y estrecha que pesa sobre sus enseñanzas; basta para colocarlas en altura condigna la intención de bien que encarnaban. Sin embargo, ¿de dónde extrajo la América la filosofía política en que fundamentó su justicia y que inspiró el verbo de los tribunos, los alegatos de los juriconsultos, la dialéctica de los teólogos, las proclamas de los caudillos y produjo piezas inmortales como el *Memorial de Agravios* de Camilo Torres y el célebre documento en que Mariano de Talavera y Garcés, en Mérida de Venezuela, plantea el problema de la Independencia y despeja las dudas del Obispo Hernández Milanés, decidiéndolo por la causa americana? Indudablemente que el soplo de la Francia revolucionaria conmovía hondamente al Nuevo Mundo; pero más que ese soplo, del fondo de la conciencia de esos hombres emergía intenso el espíritu de Santo Tomás, que llenaba las Universidades. Los

resultados los admiramos en esa hora magnífica de la historia de la humanidad en que toda una larga familia de pueblos esclavos reclamó su autonomía y su derecho de gobernarse; hora solemne en que el sacerdote también fue presente con todo su ardor místico y su anhelo cristiano de reiyndicación, no sólo con la palabra que empuja sino con el sacrificio de la persona y la fortuna. Los grandes nombres chilenos del Canónigo Cortés de Madariaga, actor prestante del movimiento del 19 de abril en Venezuela, y el de Camilo Hénríquez, autor de la encendida proclama en que demanda la independencia de su patria, son suficientes para colocar al sacerdote en el pedestal de gloria que él mismo se labró para la inmortalidad. Y esa herencia no se pierde: mañana, cuando, alcanzada la independencia, las nuevas nacionalidades sean víctimas de nuestros arrogantes caudillos, por otra parte tan pintorescos y llenos de fisonomía, esa herencia será recogida por las Universidades; y la lucha será entonces entre los caudillos que todo lo avasallan con la fuerza y el atentado, y las Universidades que defienden su tesoro de civilización y de cultura con la prédica de sus sabios y el ejemplo de sus virtudes.

Y es que el espíritu lo es todo y por sobre todo se impone mediante el imperio universal de las letras. Los triunfos de esta benemérita Universidad, que son sus triunfos, nos lo están diciendo. Nos lo está diciendo la vida de Andrés Bello, del gran americano, orgullo del habla española, quien al dedicárseles con pura devoción obtuvo de ellas favores especiales, los mismos que él, generoso y buen hijo de esta gran patria que es América, derramó a manos llenas sobre su suelo para engrandecer con los tesoros de la civilización los infinitos con que lo hermooseó la mano pródiga de la naturaleza. Con qué sublimidad él mismo las canta reconocido por sus gracias: "Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices a el alma, como la flor que hermoosea las ruinas. Ellas han hecho aun más por mí: me alimentaron en mi larga peregrinación y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad benévola."



¡Qué hombre, señores! Han pasado los años, y pasarán muchos más, sin que aquella inteligencia privilegiada, hecha para abarcar dentro de su infinito el cosmos de las ideas, halle en América quien la eclipse o sustituya. Aún evoca esa sede que es la del pontificado de las letras americanas y está enlutado el trono que dejó enlutado cuando se fue. ¡Andrés Bello! Nunca un apellido correspondió en grado tan extremo con las virtudes de quien lo llevó. Bello por donde se le mirara y eran muchos sus aspectos. Bello por el corazón; Bello por el carácter; bello por la inteligencia; bello por el patriotismo y la sabiduría; bello por la generosidad que se le derramaba del alma, incapaz de caber en ella, para dar a los demás los dones con que lo colmó hasta hartarlo la mano del Creador; bello en todo. ¡Andrés Bello! Cuando en Venezuela pronunciamos su nombre surge en nuestras mentes, al viento su bandera azul, blanca y roja, radiante bajo la estrella de plata; cuando en Chile se le recuerda con filial emoción, Venezuela aparece en la memoria de todos; cuando en cualquiera otro país del mundo de Colón se le evoca para venerarlo, toda la América vibra en nuestros labios. El es un vínculo, uno de los vínculos máximos que atan a nuestros pueblos en un mismo destino y en un mismo ideal, y hacen pura e inagotable esta fraternidad que sabe a hogar y a familia y que ninguno otro de los mundos conocidos goza. Joya maravillosa, expuesta está para que la admiremos. Todos la cincelamos: Venezuela dio el diamante espléndido, la piedra milagrosa que fulgura con mágicos brillos al choque de la luz; Chile el oro cobrizo en donde se asentó para deslumbrar; América fue el artífice que repujó el metal precioso y modeló las maravillosas filigranas para que la gema luciera su esplendor pontifical.

¡Empresa difícil la de hacer su elogio! Seguirlo en cada una de las actividades de su mente, es tarea casi imposible, porque para ello, además de una inteligencia que, para siquiera irle de escolta, precisa vuele como las águilas, es menester una profundidad oceánica en cada una de esas disciplinas, y una especialización, digamos como la de Rufino José Cuervo, en lingüística y filología, para comentarlo como cumple o para

completarlo con acierto. Se abisma uno al contemplarlo y retrocede aterrado ante su sabiduría. Cuando lo miro, lo que se me representa es una de esas soberbias catedrales, galas de la arquitectura, que, una tras otra, en sucesión secular, levantaron varias generaciones de hombres y que mientras más se las admira, más bellezas y hermosuras se les hallan. Caracas es el cimientito formidable de esa catedral, hondo en la tierra para desafiar los siglos; Londres, las magníficas arcadas, las bóvedas majestuosas, las góticas ojivas, las labradas impostas, los afiligranados canecillos, las señoriales columnas; Santiago, la torre audaz que se lanza a los aires, sedienta de espacio, de donde echó a volar su gran voz de oro aquella campana mayor de las letras.

Desde niño, con riguroso método, partiendo de lo elemental hasta hallar lo fundamental en la verdad y la belleza, en escala ascendente de lo simple a lo complejo, los conocimientos y la obra iban elevándose a altísimas regiones, desde las humanidades, base sin la cual la inteligencia flaquea, hasta las profundas concepciones del intelecto en las ciencias y las letras. Y por eso llegó donde llegó. El lo dijo: “La primera instrucción del hombre debe ser demasiado radical para que pueda producir frutos sazonados, y muy pausada y bien distribuida para que sea permanente.” Como Alonso Quijano el Bueno se pasó las noches “de claro en claro y los días de turbio en turbio”, dado a la andante caballería de las letras, tremenda más que aquella que la da por las aventuras y las empresas descomunales cuando se apodera del entendimiento y rinde y sujeta los sentidos. Incurable, como en el famoso caso de Don Quijote, esa divina locura no la calmará sino la muerte. Bajo estos mismos techos venerables, al explicar, modesto, a qué se debía la honra de ocupar la más alta curul de la Universidad, deferíala “a la dedicación laboriosa con que había seguido algunos ramos de estudio, no interrumpidos en ninguna época de su vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas” Y así fue. Cuenta Aristides Rojas que, de niño, al ser amonestado por su santa madre para que aminorara el afán de leer en que se consumía y que lo asediaba hasta en las co-

midas, respondía con extraña firmeza: "Mi cerebro necesita más alimento que mi estómago." Humboldt, quien lo conoció en Caracas mozo de diez y ocho años, penetró la grandeza de aquella alma y alentó su vuelo. Mas, sorprendido de aquella dedicación al estudio, temeroso de que la naturaleza débil del joven fallara, aconseja a la familia trate de amortiguarla... ;Inútil tentativa! Sin cuidar de las previsoras advertencias, el gigante continúa impertérrito su camino, ebrio de aquella divina embriaguez intelectual que era su deleite. Anciano de ochenta años, su gran biógrafo y discípulo Miguel Luis Amunátegui, trata de hacerle ver lo perjudicial que puede ser para su salud la fiebre de lecturas que no lo abandonaba; a lo cual argüía citando el caso de Mitridates y su inmunidad al veneno, terminando por indicarle, como el mejor de los digestivos, la lectura de las *Partidas* de don Alfonso el Sabio. ¿Lecturitas a mí?, hubiera podido exclamar glosando a Don Quijote.

Temprano despierta en él su formidable vocación, la singular afición que en él hubo por las letras. Entreteníase los días festivos, allá en su materna Caracas, en juegos místicos, entre los que sobresalían los sermones que dirigía a vecinos y condiscípulos. Ocasionalmente topa un día con dos comedias de Calderón, *La Vida es sueño* y *No hay burlas con el amor*, y las devora al instante. Lo mismo habría de suceder con el *Quijote*, que poco después cae en sus manos para enfurecer el incendio. La sagacidad de un su tío, Fray Ambrosio López, penetra pronto la rara aptitud del niño, y, sensato, lo entrega a la dirección de Fray Cristóbal de Quesada, de lo más alto que en letras había entonces en Caracas. En la biblioteca del Convento de la Merced, que se le franquea, el niño se encontró como el pez en el agua. Libros y libros pasan bajo sus ojos. En tanto, las enseñanzas del Padre Quesada daban sus frutos, al extremo de sorprender al maestro. La lengua madre lo deslumbraba con sus tesoros clásicos; el latín, al par que disciplina su entendimiento, le abre el escenario de la antigüedad. Pronto empieza a dominar esta lengua en la que fue maestro. A la sombra propicia de los búcares y marías que bordean el Catuche y el Anauco, traduce a Virgilio, a Horacio, a Tíbulo, tan de

su gusto los tres. Los triunfos empiezan a premiar su contracción. Muerto el Padre Quesada, ingresa en el Colegio de Santa Rosa. Allí lo aguardaba una prueba que constituiría su primer lauro. Preséntale el maestro cierto pasaje de las *Selectas*, en cuya versión han fracasado todos los alumnos; los compañeros aguardan expectantes; en tanto, el novicio, a medida que pasa por sus ojos, vierte al castellano, sin titubear, el trozo fatídico. La escena se repite cuando llegan los exámenes, llamando el joven la atención de la concurrencia, entre la cual figuran graves doctores y catedráticos. Más sonados fueron los triunfos que alcanzó en 1796, al obtener los dos premios ofrecidos por don Luis López Méndez a los estudiantes que escribieran el mejor trozo de elocuencia y el ofrecido por el Rector de la Universidad al mejor traductor de un clásico latino. La fama de sus conocimientos comienza a ir de boca en boca. Varios padres de familia lo solicitan para pasante de sus hijos. Entre sus discípulos, Bolívar. Así entró en la carrera del Profesorado en que duró hasta la muerte. Como latinista, eclipsó bien pronto a su segundo maestro, el sabio don José Antonio Montenegro. Tanto llegó a saber de la lengua del Lacio, que la carta que en 1820 dirigieron al Papa Pío VII los diplomáticos grancolombianos Fernando de Peñalver y José de Vergara, redactada por Bello, llamó la atención en el Vaticano. En reciente libro el jesuita Pedro Leturia alaba por su fluidez y sabor clásico esta joya de nuestra diplomacia. Pero no serían solamente el castellano y el latín sus lenguas únicas. La amistad con don Luis Ustáriz dirige sus pasos al idioma de Francia. Una gramática y los clásicos franceses fueron sus maestros; y una gramática, un diccionario y el *Ensayo sobre el Entendimiento humano*, de Locke, sus maestros de inglés. El magisterio de don Rafael Escalona, a quien no olvidó jamás, le abrió el campo de la filosofía. Aquel hombre que dice ya todo lo que va a ser, se ha impuesto en la conciencia de sus paisanos. El capitán general Manuel de Guevara Vasconcelos lo nombra oficial de su secretaría, y allí carga con todo el trabajo; don Juan de Casas, que sucede a Vasconcelos, teniendo en cuenta su "inteligencia, integridad y patriotismo", secretario de la Jun-

ta Central de Vacunas. Mas, a pesar de encontrarse en el camino de los secretariados, triste destino que ha cabido en América a los hombres de talento, no abandona las letras. Juan Robertson, con quien tuvo largas relaciones, desde Curaçao lo provee de libros y periódicos europeos. Su ingenio poético empieza a florecer y su anacreóntica *Al Anauco* y su valiente soneto *A la Victoria de Bailén*, son recibidos por la sociedad caraqueña con aplausos. Tenía veintiocho años. Intelectualmente el hombre estaba formado; de granito eran las bases. En aquel momento su patria no podía darle más porque entonces no poseía más; pero si ella no podía, iba a ponerlo en camino de que lo que le faltaba se lo diera el mundo con sus luchas crueles y con los tesoros de pensamiento y sabiduría que en su peregrinar ha acumulado la humanidad.

Si Caracas había formado al hombre intelectual, Londres, además de completarlo, iba a formar al hombre moral, al luchador. El recio acantilado abatido por el mar furioso que es la vida, y la vida en los grandes centros humanos donde el hambre es verdad, y la batalla de los hombres de fieras, iba a adquirir férrea entereza. En Caracas la existencia le había sido suave, apacible, tranquila; los poemas de Virgilio, que leía y estudiaba, veíalos retratados en el panorama que tenía ante sus miradas. La colonia con su vida patriarcal y teológica, ungía su alma como un óleo. Londres iba a presentarle la vida como es: amarga y espantosa. Los reveses, las alternativas, las incertidumbres que experimentaría la guerra que se libraba por la libertad en América, cuya causa abrazó decidido, esas mismas incertidumbres, esos mismos trágicos interrogantes, constituirían el ambiente en que se agitó durante sus diez y nueve años en la capital inglesa. Pero vista a esta distancia esa etapa de su existencia y contemplado el hombre en su conjunto, ¡cuántas enseñanzas para los que en él meditan! Ahora vemos cuán necesaria fue para el coloso aquella amarga ración de zozobras. Y vemos más: vemos que la Providencia, al so-correrlo y no dejarlo de su mano, le iba poniendo delante el alimento que necesitaba para completarse, concentrando de este modo aquella fuerza, cuya acción tenía destinada para ci-

vilizar el Nuevo Mundo. Unas veces con lo suficiente, porque Colombia no tenía para más; otras, cuando las cosas de América no iban bien, “viendo ante sí no la pobreza, sino la mendicidad”, como en hermosa carta dice al Libertador, discurren esos diez y nueve años de la vida de Bello. En Londres fundó su hogar. La amistad con grandes hombres, que tan útil había de serle en todos sentidos, lo salva en ocasiones. Jeremías Bentham y James Mill fueron sus amigos; y lo fueron también los españoles José María Blanco White, en quien encuentra un hermano, Vicente Salvá, paciente como él en el estudio, José Joaquín de Mora, con quien se encuentra después en Chile y con quien parte el campo en sonada batalla de letras; y los americanos Antonio José de Irisarri, en cuya compañía redactó *El Censor Americano*, Juan García del Río, su compañero en sus dos grandes empresas de la *Biblioteca* y *El Repertorio Americano*, José Fernández Madrid, cuya correspondencia para él revela en cuánto lo tenía, y Francisco Antonio de Pinto, quien después, en la Presidencia de Chile, iba a decidir de la vida de Bello, abriéndole de par en par las puertas de esta tierra de bendición.

Reducido a la miseria, sus conocimientos de castellano lo salvan la primera vez, derivando de su enseñanza el pan de cada día. Blanco White le abrió ese camino, y Blanco White le proporcionó el conocimiento de William Hamilton, quien le encomendó la instrucción de sus hijos. En otro de sus grandes apuros la mano amiga fue la de James Mill, que lo emplea en descifrar los manuscritos de Bentham, ardua tarea que Amunátegui compara con los trabajos de Hércules. Por último, en otra de sus ocasiones desesperadas, don José María Fagoaga le abre las puertas del trabajo honrado, acercándolo a Blair, quien le encarga la corrección de una traducción española de la Biblia, haciéndose así a los elementos con que más tarde abordaría el estudio de los Libros santos, al juzgar a Scío y Torres Amat. Bello, al par que ejercitaba su paciencia, ejercitaba su inteligencia; cuantas ocupaciones le venían a mano, al mismo tiempo que daban alimento a su cuerpo, alimentaban su espíritu y lo avigoraban. Lo que aprendió en Londres fue

inmenso. Encuentra en la casa de Miranda una selecta biblioteca de clásicos griegos, y con valentía aborda el aprendizaje de la lengua que contiene los más regios tesoros de la belleza y el pensamiento de la antigüedad, y poco después se da el gusto de leer a Homero y Sófocles en su propio idioma. De cómo dominó el italiano es prueba su magnífica traducción del *Orlando Enamorado*. Pero donde halló el material para sus primeros trabajos sobre el castellano, que habrían de inmortalizarlo y ponerlo en la senda de una reforma sustancial del idioma, fue en el Museo Británico, vasto campo de estudio para aquella inmensidad de entendimiento insaciable e insaciado. Lo que allí escribió fue todo medular. No se olvidarán sus famosas revistas *Biblioteca Americana* y *Repertorio Americano*, reveladoras ambas de su sabiduría, no sólo en el terreno de las bellas letras, que era su preferido, sino en el de las ciencias con las múltiples diversificaciones que tienen. Londinenses son la *Alocución a la Poesía* y la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*, sus dos más altas joyas poéticas; londinenses, sus magistrales *Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América*, su hondo trabajo sobre *Uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa*, y sus *Estudios sobre el Poema del Cid*, obra de benedictino, en la cual abordó el primero, y validó sólo del texto de don Tomás Antonio Sánchez y de la *Crónica del Cid*, la restauración de este precioso monumento de la Edad Media Española. Cuando uno lee este trabajo, así como otros del formidable humanista, a quien en mi admiración fervorosa no encuentro par en castellano si no es en el excelso Menéndez y Pelayo, asombro causa considerar cómo hombres de la talla intelectual de Enrique Piñeyro y Julio Cejador, meticulosos en el juicio, lo tratan con cierto menosprecio, cuando precisamente el valor de Bello es el haber descujado la selva oscura, abriendo rutas a los modernos críticos e investigadores; y cuando sabios como Ramón Menéndez Pidal, que encanecieron especializándose en sólo una clase de estudios, no lograron decir la última palabra sobre la lengua de Cervantes y sus grandiosos monumentos.

La llegada de Bello a Chile es un hito en la historia de América. Nuestra cultura, nuestra verdadera cultura, arranca del momento en que Bello, trayendo cuantos conocimientos atesoró en Londres, y entonces decir Londres era decir Europa y el mundo, pone de nuevo las plantas en el suelo americano y emprende aquella formidable labor educadora, la más noble de su vida. La América entera esperaba al maestro. Contratado por Chile, Chile sería la primera en aprovechar las lecciones del sabio; pero de Chile, a modo de un río de espléndido caudal y de corriente impetuosa en medio de su augusta serenidad, el agua cantora y límpida iría tomando posesión del Continente hasta dominarlo y hacerlo suyo y poner a vibrar sobre la tierra ardida por la fiebre de las luces, en profusión de flores y perfumes, toda una gloriosa primavera espiritual. La hora en que llegaba era oportuna. La independencia estaba cumplida; el Libertador, única autoridad capaz de mantener el orden y contener la demagogia, ganosa de desbordarse, próximo a desaparecer; las convulsiones políticas, el desorden, las ambiciones bajas, las pasiones y los odios, para los cuales no había freno, se enseñoreaban de las nuevas repúblicas; la anarquía, y con la anarquía la más espantosa desorientación, es el panorama de América en ese instante solemne. América necesitaba al maestro, y el maestro llegaba, sereno como un ateniense, con su morral de sabiduría a la espalda y su fe en América, en el corazón.

Con todo y ser en aquel entonces la más seria y circunspecta de las repúblicas americanas; con todo y cumplirse allí la profecía del Genio desde su Patmos de Jamaica, Chile sufría también su prueba de hierro y de sangre. Amunátegui nos ha dejado un cuadro fiel de aquella situación política; y con igual fidelidad y colorido, una pintura del estado social e intelectual en que Chile se hallaba a la llegada de Bello. Pero este estado político, social e intelectual era propicio a la lección de que iba a ser objeto. Infructuosa pudo ser la tarea de haberse encontrado con un pueblo viejo, corrompido y fatigado por los vicios, ya que difícil si no imposible, es desarraigarlos y sustituir el mal por el bien. Pero Bello tuvo la fortuna de encontrarse



con un pueblo niño, de costumbres sanas, de índole dócil, y por sobre todo, anheloso de progreso, al que formó desde sus comienzos, debiéndose a esta favorable circunstancia el provecho que alcanzó su labor infatigable, patente en la cultura y civilidad que con paso seguro alcanzó la gran República, orgullo de América.

Uno de los más aventajados discípulos de Bello, el insigne Miguel Antonio Caro, en el magnífico ensayo que dedicó al maestro apunta la semejanza entre Andrés Bello y Alberto Lista, tanto por el carácter como por la "variedad y flexibilidad prodigiosa de las facultades mentales que a ambos distinguen". Es indiscutible que existe la semejanza entre los dos humanistas; pero, aparte no ser Lista un hombre de la talla de Bello, ni por la fuerza del entendimiento, ni por la sabiduría, ni por el ímpetu creador, no es con Lista con quien esa similitud es más definida, sino con el padre de los humanistas españoles, el recio maestro Elio Antonio de Nebrija, fundamento granítico de las letras castellanas. Lista se encontró con una cultura secular a la cual acopló su magisterio; en cambio, Nebrija y Bello tuvieron que formarlas, creando para desarrollar sus enseñanzas los instrumentos de trabajo y los medios de comunicarla a sus discípulos. Hasta en la vida proyecta, de más de ochenta años, don de Dios para que pudieran dejar terminada la obra, el parecido es perfecto. Ambos abarcaron con universalidad de pensamiento lo que en cada una de sus épocas se conocía en letras y ciencias, desde los fundamentos del idioma hasta las nobles artes y ciencia del derecho; ambos fueron maestros por sobre todo, formidables educadores de pueblos, haciendo de sus casas aula y tribuna cuando así lo requirieron las circunstancias y su ardiente anhelo de enseñar; ambos se encontraron con medios y ambiente de una identidad única: España en la gran hora en que realiza su unidad política, bajo el imperio de los Reyes Católicos, y da término a su epopeya de siglos contra el poderío moro con la reconquista y libertad de su territorio; América, en el momento en que, tras jornada magnífica que la cubrió de gloria, alcanza su soberanía y muestra al universo civilizado su unidad maravillosa

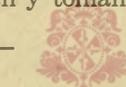
en la república y la democracia. "Nunca dejé de pensar alguna manera por donde pudiera desbaratar la barbarie por todas las partes de España, tan ancha y lenguamente derramada", dice Nebrija con recia gallardía; lo mismo pudo decir Bello. Barbarie, no corrupción había en España cuando el maestro Nebrija emprende su reforma intelectual, precursora y base del renacimiento español culminante en el Siglo de Oro; y barbarie, no corrupción, fue lo que encontró el maestro Bello en América al iniciar aquel movimiento cultural, que, como en España, culminó en el florecimiento de las letras y tuvo para cada una de las expresiones de la cultura, ingenios superiores que pudieran entrar en parangón y de quién a quién con los más altos que en España ejercían entonces el pontificado de las letras y las ciencias.

Los primeros quince años de la acción de Bello en Chile fueron de una intensidad pasmosa. Sus obras máximas, con excepción de las *Silvas Americanas*, están fechadas en Chile. Aquel hombre debió sentirse en la plenitud de sus facultades mentales; debió mirarse en su interior y, a solas con su modestia, medir su grandeza; de su espíritu, como la aureola que corona la cabeza de los santos, debió ver surgir la emoción de su apostolado. Consciente de su responsabilidad ante el pueblo que se le brindó en total plenitud de afecto y hogar, por entero, sin ningún género de reservas, se dio a la tarea de pagarle con lo mejor de su inteligencia y de su corazón la acogida maternal. De su cerebro, atropelladas, como de un árbol que no puede contener el ímpetu de la cosecha y al suelo inclina las frondas agobiadas de frutos, una tras otra las nobles iniciativas van brotando de su mente. Desde la Dirección del Colegio de Santiago hasta el Rectorado de la Universidad, el astro describe una órbita que marca el cielo con huellas de fuego. Y Chile supo comprenderlo; Chile tuvo el buen sentido y la cordura de entregársele y la voluntad inquebrantable de apoyarlo contra cuantos pretendieron amargarle la ruta. El premio de esta noble conducta lo vio Chile pronto, porque, en 1842, cuando Domingo Faustino Sarmiento, con la fogsidad de su temperamento revolucionario, en célebre escrito

apunta la esterilidad literaria de Chile y llega a lamentarse de que no exista la ley del ostracismo para aplicarla a Bello, por considerarlo un “retrógado absolutista” y “un “anacronismo perjudicial”, Chile está en actitud de responder el cargo con una legión de hombres ilustres en todos los ramos del saber y con su juventud, su frondosa juventud, que desde aquel punto, como desde un empinado ventisquero, arranca su vuelo hacia los espacios de la inmortalidad. Tiempo quisiera para convocarlos a todos y alumbrar este acto con sus nombres. Contentémonos con los más ilustres; contentémonos con las ciencias filosóficas, con Lastarria, Bilbao, Santiago Arcos y con Espejo y Abasolo; en las artes políticas, con Lavín Matta y Carrasco Albano, Huneeus Zegers y Manuel Montt, con Antonio Varas y Domingo Santa María; en las ciencias económicas, con Cristóbal Valdéz, Marcial González y Miguel Cruchaga; en jurisprudencia, en todos sus órdenes, con Joaquín Godoy y Luis Aldunate, José Clemente Fábres, Jacinto Chacón, y Vitalicio López; en historia, con Diego José Benavente y Antonio García Reyes, y con las figuras máximas, de las máximas de América, de Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, José Toribio Medina, Benjamín Vicuña Mackenna y el formidable Diego Barros Arana; en filología y lingüística, con don Francisco Vargas Fontecilla y Fidelis del Solar, Zorobabel Rodríguez y Barros Grez; en el periodismo, con José Manuel Orrego y Juan Nicolás Alvarez, Joaquín Tocornal y José Joaquín Vallejo, el célebre *Jotabeche*, alma de la polémica que, desde las columnas de *El Semanario*, se libró contra Sarmiento y Alberdi acerca de Chile intelectual; y con Santiago Godoy y Ambrosio Montt Luco y Domingo Arteaga Alemparte y millares más de luchadores en ese campo arduo y duro de la prensa; en la tribuna, con Manuel Tocornal y Francisco Bilbao, Joaquín Blest e Isidoro Errázuriz, Eulogio Altamirano y Ramón Angel Jara; en la novela y el drama, con Manuel Bilbao, Alberto Blest Gana y Vicente Grez, Luis Rodríguez Velasco y Daniel Caldera; en poesía, con Mercedes Marín del Solar y Salvador Sanfuentes, Guillermo Matta y Eusebio Lillo, Guillermo Blest Gana y José Antonio Soffia. Con el entusias-

mo del hombre de letras que las ve crecer en su redor; con el júbilo del maestro que se recrea en las obras de sus discípulos y en ellas ve reflejada su imagen y esparcirse el aliento que les transfundió; con el orgullo del hijo que se envanece con los triunfos de la patria, Bello celebra en 1859, en famosa memoria universitaria, este adelantamiento intelectual. El niño que había tomado a su cuidado, de repente se le presenta hecho un gigante; regocijado lo veía, airoso y gallardo caballero, armado de todas armas, descender a la palestra en famoso torneo de sabiduría. Hombre sin ambiciones materiales, se contentaba con lo necesario para responder a los apremios de la vida. Pobre fue desde niño, desde su hogar modesto en donde nunca vio, no digamos la riqueza, pero ni siquiera ese descanso que inspira el saber que ahorros peleados con afán aseguran el bienestar y la tranquilidad. En Inglaterra había sabido lo que era la miseria. Pero tuvo la fortuna de que Chile lo situara en el plano de sus aficiones, en centro propicio a su desarrollo; y actuando holgado, pudo darse por entero al cultivo de su entendimiento y al de los demás, su único anhelo y ambición. Lo contrario habría sido anular sus facultades o lanzarlo al camino de la vida pública, con sus luchas mezquinas y sus pequeñas y tristes pasiones, que odió de todo corazón, manteniéndose alejado de ellas; lo que ha sido frecuente con tantos hombres de América, ingenios de primera categoría, que, puestos en contacto con la realidad, han tenido que dedicarse antes que nada a hacerle frente, pidiéndole sus favores y claudicaciones a la política, o crucificar su ideal en oscuros menesteres.

Entrar en el examen de cuánto hizo en Chile, de cuánto pensó, de cuánto promovió, de cuánto escribió, no es tarea para un discurso, ni mucho menos para mí, que a tanta distancia estoy de esa montaña en el infinito espacio de la inteligencia. Desde su *Derecho de Gentes* hasta su *Filosofía del Entendimiento*, su trayectoria son pasos de gigante que miden la inmensidad por leguas. Varón probo, recto de carácter, de un acendrado espíritu de justicia y con la plena convicción de que el orden de los pueblos, la tranquilidad de la familia y el bienestar de la sociedad descansan y toman impulso de las ins-



tituciones que regulan la vida civil, casi desde el punto en que pone sus pies en Chile, en el periódico, en el libro, en la alta posición que su autoridad le había granjeado ante el Gobierno, o en su curul de senador de la República, lucha denodado por dar a su patria adoptiva una organización jurídica y judicial y una legislación adecuada al medio y necesidades de la nación. Y logra al fin su empeño. No nos detengamos en las iniciativas de todo orden de que fue alma en este vasto campo. Hagamos alto un instante siquiera en el *Código Civil*, señorial monumento de la ciencia del derecho en América. Veinticinco años de trabajo ímprobo representa esta obra maravillosa. Por propia iniciativa la empezó y a lo largo de esos veinticinco años peleó por ella, algunas veces con acrimonia, cosa en él desusada, hasta verla erigida en ley de la República. Altos elogios ayer, hoy y siempre merecerá esta obra que vino a dar estabilidad a la familia chilena, asentándola sobre firmes bases. Sabía don Andrés Bello que el esplendor de la República Romana se debió a sus instituciones civiles, que conocía a fondo, cuya enseñanza recomendó con encarecimiento más de una vez y cuyo magisterio ejerció ora oficialmente, ora en lo privado; y por eso luchó sin desmayos hasta ver al país gozando de leyes propias. Elocuente es Jorge Huneeus Gana cuando manifiesta que Bello “se ha levantado con este monumento a la altura de los más grandes juriconsultos, dando mérito para que la familia gloriosa de los Dalloz, Delvincourt, Pothier, Troplong y Demolombe, le reconozca como su más caracterizado representante americano”. Tanta fue la bondad y severo espíritu de ese Código, que otras países de América —Colombia, Ecuador, Uruguay, Honduras, Nicaragua—, lo hicieron suyo. Por su parte, Chile reconoció aquel esfuerzo de la voluntad y la inteligencia, agradeciéndoselo en leyes de la República.

Pero si grande en el campo del Derecho Civil, a mayor altura se levanta la figura de Bello en el espacio en que impera la ciencia que rige las relaciones de los pueblos. Aquí su triunfo fue continental, porque con sus trabajos venía a llenar una necesidad que era de todos. y bien está que se le tenga por el padre del Derecho Internacional en América, y bien fue que,

cuando se ofreció el caso, varios países le entregaron sus diferencias para decidir las, como juez único y soberano, siendo ésta acaso la “primera vez que se escogía a un simple ciudadano como árbitro de pueblos”, según el decir de Rufino Blanco Fombona. Hasta hace treinta años, quienes nos dedicamos a la carrera del Derecho, leímos la asignatura correspondiente a esta rama de la jurisprudencia en el magistral texto de Bello; y en él nos deleitamos, a más que con su pura doctrina y con la claridad de la expresión, con aquel lenguaje puro que amoldaba los encantos de la lengua de los Luises y Cervantes al severo tono y gravedad de la ciencia. Con visión lejana de las sorpresas y tremendos altibajos que las relaciones de los pueblos experimentarían en el porvenir, erigiéndose en ley no los dictados de la razón y de la equidad sino la tremenda voluntad del más fuerte, y, reconociendo en la debilidad de las jóvenes repúblicas desgajadas del tronco secular de la raza, la necesidad de ampararlas, soñó, espíritu generoso, que en ese libro suyo encontrarían el baluarte y defensa de su soberanía. Desde las columnas de su gran tribuna de *El Araucano*, proclamó que los cánones del Derecho de Gentes “tiene una doble importancia en América, donde es necesario mirarlos con un respeto particular y hasta (si posible fuera) supersticioso, como que sin ellos los disturbios que destrozan a las nuevas repúblicas, darían frecuentes y plausibles pretextos a la ambición para intervenir y usurpar”. Sentimiento y hondo sentido americano inspiraron estas hermosas palabras suyas, en las que proclama el principio, hoy tan de actualidad, de la autodeterminación de los pueblos: “La ingerencia de un Gobierno en los negocios particulares de otro u otros, no es regla sino una excepción; generalmente hablando es ilegítima, es atentatoria contra la independencia de los Estados.” Sentimiento y hondo sentido americano pusieron a vibrar su pluma con esta verdad en que trasciende la amenaza que veía cernirse sobre América: “Que una intervención puede producir alguna vez resultados benéficos, nada prueba; las más inicuas conquistas han mejorado alguna vez la condición de los vencidos; y no por eso mirará nadie como un derecho de los Es-



tados poderosos el subyugar a los débiles a pretexto de hacerlos felices." Sentimiento y hondo sentido americano palpitan en esta ardiente voz de la justicia ante la ambición de los fuertes: "Dar a los poderosos el derecho de intervenir en negocios ajenos, bajo la condición de consultar la justicia y la conveniencia, cuando por la naturaleza de las cosas no puede tocar sino a ellos distinguir lo justo de lo injusto, y lo conveniente de lo pernicioso, es no conocer ni a los hombres, ni a los Gobiernos." Sentimiento y hondo sentido americano arden en este alerta lanzado a la faz del continente como una paternal admonición: "La primera intervención de una gran potencia marítima en las querellas recíprocas o domésticas de nuestros nuevos Estados, debe ser a los ojos de todo buen americano un agüero funesto; un preludio de males y calamidades para muchas generaciones". Por eso, viendo que por raza, por idioma, por tradición y por historia, por costumbres y por comunidad de intereses, la América debía ser un todo en su defensa y en sus aspiraciones y sus ideales, la idea de esa unión que un día le pareció utópica, cobra vigor en los últimos años de su vida, y entonces dice con verbo imperativo: "Las varias secciones de la América han estado hasta ahora demasiado separadas entre sí; sus intereses comunes las convidan a asociarse; y nada de lo que pueda contribuir a este gran fin, merece la consideración de los Gobiernos, de los hombres de Estado y de los amigos de la humanidad." ¡Revivía así con nueva energía el ideal augusto de Bolívar, ese noble ideal que a todo se adelantó y todo lo previó; ideal hermoso, ideal americano, hecho con sangre y con dolor de América, que hoy se impone y triunfa y recorre de polo a polo el Hemisferio con la vibrante emoción de la fraternidad y de la gloria!

Pero donde el maestro se superó, llegando a cimas antes por nadie alcanzadas y adonde a muy pocos les ha sido dado llegar después, fue en el estudio del idioma. Aquí sí que echó unas raíces que son para la eternidad. ¡Cómo amaba la lengua castellana; con qué gusto se recreaba en ella, cómo la caló hasta los tuétanos intensamente, profundamente, hasta arrancar de sus entrañas, mediante el estudio de sus grandes artífices, le-

yes definitivas, constituyéndose en su supremo legislador. La amaba en Fernando de Rojas y Cervantes y San Juan de la Cruz y los Luises divinos y Santa Teresa y Mateo Alemán y Calderón y Lope de Vega y Jovellanos, y en América, en su América fraterna y una, en donde el castellano encontraría en su naturaleza, en sus costumbres, en su tradición, en su historia, en la arrogancia del carácter y en su ambiente de libertad, el material fecundo para las grandes creaciones de la belleza.

Entre otros admirables, la obra de Bello como gramático y filólogo, descansa sobre cuatro monumentos, a cual más de ellos inmortales: sus *Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América*, sus *Principios de Ortología y Métrica de la Lengua Castellana*, su *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* y su *Gramática*. En el decurso de estas obras, Bello manifiesta lo que fue: un revolucionario, un creador, que no se fue sobre las huellas de quienes antes se habían aventurado en tan escabrosa senda, sino que con talento y originalidad que ni se adquieren ni se aprenden sino que se llevan en lo hondo de la inteligencia, dijo cosas nuevas en asuntos de tanta gravedad y monta. Sus trabajos sobre la ortografía castellana modifican por sus bases añejos sistemas; su concepto de la ortología y métrica abre orientaciones y destruye el criterio anticuado de los que creían que la versificación castellana debía fundarse en los pies latinos, y desde entonces la teoría de los acentos campea y rige el arte de los versos; sus estudios sobre el verbo y el modo de verlo actuar y cumplir sus funciones, crean nuevos sistemas y clasificaciones; su *Gramática* ahonda en lo más abscóndito del romance para deducir nuevas normas y para decir a cuantos se figuraban que su estructura podía entenderse y aprenderse con saber la del latín, que, aunque desprendida del tronco del Lacio, la lengua castellana era una lengua nueva, modificada sustancialmente al constituirse como entidad autónoma y soberana. ¡Infelices de aquellos que encuentran impracticables sus lecciones sobre la ortografía porque con adoptarlas, como lo manifestó en cierta oportunidad un inmortal de la Acade-



mia española, habría que corregir la *Y* griega en la estampilla con que firmaba sus despachos Su Majestad Católica, al sustituirla con la *I* latina, como si lo temporal no hubiera sido Su Majestad Católica y lo eterno la lengua castellana! ¡Infelices de los que encuentran graves dificultades en establecerlas, porque durante un tiempo repugnarían a la vista acostumbrada al uso y moda antiguos! ¡Infelices de quienes lo consideren purista! ¡Purista aquel hombre que revolucionaba la filología castellana! Purista podrá ser para muchos de los que han escrito desde Rubén Darío a hoy; para esta pobre literatura desmelenada y plebeya, por ignorante, irreverente, que encuentra en los preceptos una barrera infranqueable para expresar sus acertijos. Pero ¿purista quien dijo: “El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas”? ¿purista quien con aquel americanismo que lo dominaba aconsejaba a la América una independencia casi radical de Europa y crear con sus propios elementos una cultura vernácula, hecha con carne y medula criollas? ¡A qué lejanías habría llegado el maestro si su vida hubiera alcanzado las postrimerías de su siglo!

Pero volvamos al latín; volvamos a la sabia lengua de la latinidad, para decir que si Bello proclamaba que aquel “que hubiese aprendido latín no por eso sabría la gramática castellana”, fue al profundo conocimiento de la lengua de Virgilio que debió, además que a la agudeza de su pensamiento, haberse adueñado de la lengua nativa como de cosa que se le hubiere dado en propiedad. Si no, ¿cómo pudo adentrarse tan hondo, por ejemplo, en su teoría de la *declinación*, y el *relativo que*, y el *lo predicado*, y el *acusativo y dativo en los pronombres declinables*? Cada vez que he puesto mis ojos en el admirable capítulo de su Gramática que trata este último punto, mi pensamiento se abisma en la admiración del sabio y hondamente se deleita al ver con qué gusto asió en su pluma el problema para exponerlo con una claridad que asombra y en un punto en que ciertas determinaciones “escapan hasta a los gramáticos más sutiles”, según la expresión de Salvá. No he de callar

tampoco uno de los placeres que me causa la lectura de este libro fundamental, o sea, los ejemplos extraídos de los máximos clásicos del idioma, para autorizar sus doctrinas. ¡Cuánta morosidad y derroche de gusto al seleccionarlos! Se diría, a medida que pasan las páginas, que estuviéramos en presencia de un cofre blasonado, que se abriera de repente mostrando las más raras gemas hechas un incendio de colores a nuestra vista. ¡Y cuántas verdades dijo! Dijo que “el estudio de la lengua se extiende a toda la vida del hombre, y se puede decir que no acaba nunca”. Dijo “que el único medio de llegar a manejar bien nuestro idioma es la lectura asidua de los grandes ingenios que habían expresado en él su pensamiento”. Dijo: “Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.” Y con esto dijo su más grande verdad, porque ese vínculo fue el que unió en América a los hombres de pensamiento, a los que la amaban libre y democrática, republicana y austera, libre de caudillos desalmados y de odios y guerras civiles y canallocracia, y en el recuerdo del maestro se unieron para librar la batalla de la civilización contra la barbarie. Maestro insigne lo fue, no sólo por los hombres que formó, tomándolos desde la juventud a su cuidado, sino por el estímulo que despertó en quienes, avanzados como él en la carrera de las letras, a su influencia crecieron en el ansia de la cultura y en un noble deseo de imitarlo. ¡Y cómo se extendieron sus discípulos y sus enseñanzas! Hubo naciones como Colombia que hicieron del maestro un culto, produciéndose allí sus tres más célebres discípulos, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y Marco Fidel Suárez, y asignando hasta no ha muchos años, cátedra especial en la segunda enseñanza al castellano de Bello. Esa progenie ilustre se constituyó en guardián del idioma; y al tener como normas la doctrina del sabio, coincidieron en la enseñanza y en el esplendor de la lengua, destinada no sólo a mantener la fraternidad americana, sino la integridad de la raza y nuestro afecto a la Madre Patria, a quien si América debe muchos de

sus dolores, le debe también su fiero orgullo, su arrogancia y recio individualismo, y ese espíritu de libertad e independencia, berroqueño como las montañas de Vasconia, que al hundirse en el vientre de América engendró la república y la democracia!

Filósofo lo fue en grado eminente, dominando esta ciencia con vastos conocimientos y fomentando su estudio en la cátedra y en el periódico. A más de su *Filosofía del Entendimiento*, dejó en este ramo hondos trabajos de crítica científica que revelan su exquisita preparación. Pero si fue filósofo en el terreno científico, y en la meditación sabia, más filósofo fue en el campo de la lucha diaria, en la formación de su personalidad, en la ecuanimidad del carácter y en su concepto de la vida y de la actitud que el hombre debe observar para afrontarla y dominarla saliendo ileso y limpio de sus combates; actitud que en unos es cinismo, epicureismo, pesimismo, escepticismo, pero que en Bello fue equilibrio perfecto de las facultades, elación espiritual, estoicismo, resignación cristiana, esperanza, armonía maravillosa y fe en su obra y en América. El ente moral era de un temple catoniano. Ya dijimos que no fue ambicioso de riquezas; pues tampoco lo fue de vanidades necias ni de vacías ilusiones. La gloria pequeña, la fama precaria e impostora que a muchos deslumbra y sólo vive un día, y que se manifiesta en el afán de la publicidad y del exhibicionismo, nunca lo tentó. Amó las letras por las letras, la ciencia por la ciencia; y las amó en un medio reducido, sin estímulo, sin el ambiente que empuja la labor y mueve la mano para el trabajo. Sólo una vocación decidida mantuvo en alto su pluma, abatida sólo al golpe de la muerte. Cuando, tras más de veinte años de heroico trabajo, escribe a Vicente Salvá manifestándole su deseo de publicar su *Ensayo sobre el Poema del Cid*, Salvá le aconseja no publicarlo, “a no estar decidido a sacrificar los gastos de impresión”, por estar seguro “de que no se despacharán cincuenta ejemplares en diez años”. ¡Qué desconuelo! *La Alocución a la Poesía* y la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*, aparecieron sin la firma del autor; en las primeras ediciones de su *Derecho Internacional* apenas puso sus

iniciales; tras largos años de terminada su traducción del *Orlando Enamorado*, logra Diego Barros Arana su asenso para imprimirla; otro tanto ocurre con su manuscrito sobre el *Poema del Cid*, cuya publicación logra José Victorino Lastarria después de treinta años de conservarse inédito. Obra tan medular como su *Análisis Ideológica de los Tiempos de la Conjugación Castellana*, no se atreve a darla a luz sino después de treinta años de escrita; la *Filosofía del Entendimiento*, así como muchas de sus poesías, vinieron a publicarse después de su muerte. Ese el hombre, el filósofo andante; y por sobre esa cumbre, su fe en Dios, su sentimiento religioso formado en el hogar, siempre puro y ardiente, siempre elevado para mirar al cielo con los ojos del alma. En una de las ocasiones más solemnes de su vida, asentó con convicción profunda: “la Moral, que yo no separo de la Religión, es la vida misma de la sociedad.”

Talvez por ser la forma de comunicación más fácil entre cuantos llevan en la mente la fiebre de las letras y el público, el aspecto más conocido de la figura proteica de Bello es el de poeta, y talvez sea éste también aquel sobre el cual la crítica se ha ocupado con mayor interés y simpatía. Por eso, estudiarlo en su condición de poeta es glosar un juicio que es universal, y repetir las alabanzas que con tanta justicia se le han prodigado. Pocos poetas poseyeron en tan alto grado la técnica de la versificación castellana. Dentro de las escuelas clásicas, en cuyo ambiente y normas cantó con estro vigoroso, su voz tiene tonalidades nuevas y su palabra el maravilloso fuego del sol del trópico. ¿Quién no conoce esa joya que es *La Oración por Todos*, en la que Bello, con el pensamiento de Víctor Hugo, talló tan magnífica gema, vaciando en ella su exquisito sentimiento y aquella angélica ternura de que nos sentimos contagiados? De niños la grabamos en nuestra memoria, y cuando queremos inundar nuestro corazón con los encantos de la poesía, emocionados la repetimos. Pero donde Bello alcanzó como poeta las cimas de la inmortalidad, fue en la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*. Cuando una vez más nos deleitamos en su parte descriptiva, nuestro fervor crece ante el poeta que



supo casar tan cumplidamente la hermosura de la idea y los encantos de una técnica impecable, dándonos la impresión de que el verso entre sus manos era blando metal, dócil a la voluntad del orfebre. El desfile oriental de los frutos que la naturaleza prodigó a la fecunda zona amada del sol, no se olvidará jamás, y en las antologías será siempre flor lozana plena de color y perfume. Al recuerdo de su patria, entre las nieblas de Londres, nació ese canto, pleno de nostalgia en medio de su cálida entonación. Allí está el sol del Avila, y Sebucán, y la fila de Mariches, y los campos de Chacao, y el Guaire y el Catuche y el Anauco, y los búcares encendidos bajo el sol crepuscular como gigantescas llamaradas sobre la paz de los valles nativos. Ese dulce sentimiento de la patria y el hogar es el que palpita en ese grito formidable de su alma de poeta. Y fue que Bello en presencia de su hogar y de su Patria fue siempre poeta; ¡y qué poeta! A pesar de las vicisitudes de su vida y de su larga y definitiva ausencia, el amor a su Patria permaneció en él incólume, y al amor a su Patria unió el amor a la tierra que le acogió con maternal afecto, y le dispensó honores y dignidades y los homenajes que la posteridad agradecida tiene para los grandes hombres. Desde Chile, y desde su inmenso amor a Chile, más intenso y puro fue su amor a Venezuela. ¿Quién no lee, arrasados los ojos en lágrimas, aquella carta para su hijo Carlos, a quien, no pudiendo ir él, envía a visitar sus seres queridos y su Caracas del alma? “Lee estos renglones a mi adorada madre, le dice con acento que es un gemido, dila que su memoria no se aparta jamás de mí, que no soy capaz de olvidarla y que no hay mañana ni noche que no la recuerde; que su nombre es una de las primeras palabras que pronuncio al despertar y una de las últimas que salen de mis labios al acostarme, bendiciéndola tiernamente y rogando al cielo derrame sobre ella los consuelos de que tanto necesita.” Tiembla la pluma al transcribir este formidable lamento de la ausencia. Jamás olvidó su hogar caraqueño: desde lejos, y con lo que podía, trataba de conservar la felicidad que en él vió y gozó en su infancia y en su juventud. Una de sus sobrinas le escribe ya en vísperas de la muerte: “Cuídese mucho,

porque para todos es preciosa y querida su existencia; pero para algunos es además usted su providencia.” Lucha titánica es su lucha para desprenderse definitivamente de su patria. Afectuosa, la Argentina le ofrece su hogar, y, como quien sale de un sueño, retrocede cuando llega el momento de la heroica resolución. Vacila, duda, ruega, suplica, antes de decidirse a aceptar la generosa invitación de Chile. Desde Río de Janeiro, en viaje al Sur, escribe a su querido amigo Fernández Madrid: “Concluyo rogando a usted, se interese por mi buen nombre en Colombia, dando a conocer la urgencia absoluta que me obligó a tomar la casi desesperada determinación de embarcarme para Valparaíso.” Su voz adquiere tono desgarrador cuando en la impotencia de lo imposible, exclama en un arranque de infinita nostalgia: “En mi vejez, repaso con placer indecible todas las memorias de mi Patria; recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época de mi vida. Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellos los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen... ¡Daría la mitad de lo que resta de vida para abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas! Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas desde el camino de la Guaira. ¡Quién me hubiera dicho que era en efecto la última!”

Era la Patria que desde lo hondo de sus entrañas lo llamaba con todos sus amores y todos sus dolores; era el sol de Venezuela que doraba con sus rayos, como los blandones de una cámara mortuoria, las nubes gloriosas de su ocaso olímpico!

Su senectud tiene sólo parecido con la apolínea senectud de Goethe. Un viajero, el señor Th. Mannequín, escribe al conocerlo en 1861: “No he visto jamás una cabeza más bella, ni una fisonomía más dulce y más bondadosa.”

Y ahora silencio... ¿Cuál el cortejo que se acerca y en los siglos se pierde interminable, en la solemne profundidad de una perspectiva luminosa? Lo preside un hombre ante quien



todos se inclinan para reverenciarlo. Miradlo y gozaos con su presencia: altas las botas herradas; el pecho, una selva de laureles; aquilino el rostro; las miradas, dos saetas que iluminan la eternidad; su séquito, la América. ¡Es Bolívar!... Ante el sepulcro de Andrés Bello se inclina y con su gran voz exclama: "Conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fue mi maestro y yo lo amaba con respeto."

*Excelentísimo Señor Presidente de la República; Señor Rector de la Universidad de Chile:*

En nombre de Venezuela y de su digno Presidente, y en nombre de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad de Los Andes, que me han honrado con su representación, presento a Chile en vuestras ilustres personas, las más cordiales felicitaciones por esta gran efemérides de su cultura, y elevo al cielo mis ardientes votos por que la sombra de Andrés Bello ampare a América y la estreche por los siglos de los siglos en el seno de la paz y la fraternidad.—LAUS DEO (1).

ROBERTO PICON LARES

(1) Discurso pronunciado en Santiago, en noviembre del año pasado, con ocasión del primer centenario de la Universidad de Chile.